

Eduardo Lalo: una mirada desde La isla silente hasta Los pies de San Juan

María Caballero Wangüemert (Universidad de Sevilla)

RESUMEN

El artículo glosa la literatura de Eduardo Lalo, un escritor trasatlántico educado en París y que vive en la isla de Puerto Rico. Cronista híbrido, sus últimos textos abordan la ciudad, San Juan y el Caribe: se desdoblán en órbitas reiteradas (ciudad/exilio; ciudad isleña/ciudad-megalópolis) e insertan Puerto Rico en la globalidad posmoderna, bajo el sello de país invisible.

Palabras clave: San Juan, Puerto Rico, Caribe, países invisibles, exilio, hibridez

ABSTRACT

The article glosses Eduardo Lalo's literature, a transatlantic writer educated in Paris and that he lives in the island of Puerto Rico. Hybrid columnist, their last texts approach the city, San Juan and Caribbean: they are unfolded in reiterated (city / exile; city isleña/ciudad-megalopolis) orbits and they insert Puerto Rico in the postmodern globalidad, under the stamp of invisible country.

Keywords: San Juan, Puerto Rico, Caribe, invisible country, exile, hybrid

Eduardo Lalo: una mirada desde *La isla silente* hasta *Los pies de San Juan*

María Caballero Wangüemert (Universidad de Sevilla)

Puerto Rico es invisible en España. Nuestro gentilicio es la imagen máxima del mínimo espesor, de lo que no despierta interés ni atención.

(Lalo, Eduardo. *Los países*, 67).

Para contrarrestar el aserto con que abrí mi trabajo, por desgracia muy certero, quiero centrarme en un autor, Eduardo Lalo, puertorriqueño, de padre asturiano y nacido en Cuba (1960), que cursó estudios en Nueva York y París y trabaja actualmente en la isla. Un intelectual polifacético (crónica, pintura, escultura, fotografía (*Dónde* 2006, “ensayos fotográficos...”). Profesor universitario, publicó en el 2002 *La isla silente* que agrupa en un volumen su obra narrativa de los noventa: *En el burger King de la calle San Francisco* (1986), *Libro de textos* (1992) y *Ciudades e islas* (1995). Por fin y por el momento, en el 2008 edita un nuevo libro, *Los países invisibles*, abriendo su perspectiva a la vieja Europa.

Voy a hablar de un puertorriqueño, es decir, de un hombre de condición colonial bajo la ¿falacia? del E.L.A... “Esa marginalidad —advierte uno de los más conspicuos escritores puertorriqueños, Edgardo Rodríguez Juliá— crea un territorio de ensoñación o conduce al exilio” (4). Ambas situaciones tanto vitales como textuales le son aplicables a Lalo, que escribe una narrativa de calidad voluntariamente híbrida (ficción, ensayo...) en torno a la ciudad de San Juan, asaltada desde la geografía, la antropología social, la comida, la fotografía... Los textos de Lalo y en concreto *Los pies de San Juan* (2002), establecen un fecundo diálogo con *San Juan ciudad soñada* (2005), del citado Juliá, cuyas crónicas —*Album de la sagrada familia puertorriqueña*, *El entierro de Cortijo...*— marcaron un hito en los ochenta explorando la identidad a diversos niveles (prócer y pueblo, blancos y negros, isleños y americanos...) en un recorrido que describe una parábola de la identidad a la ciudad y de Puerto Rico al Caribe (*Caribeños*, 2002). No es el momento, pero habría que estudiar comparativamente a los dos escritores para constatar la evolución de lo moderno a lo posmoderno en tantos temas, incluso la comida tan entrañable e irónicamente glosada por Edgardo en *Elogio de la fonda* (2001). Evolución que no corresponde sin más a modernidad-Generación del 70/postmodernidad-Generación del 90, sino que supone una evolución y un diálogo de los mayores con los jóvenes acorde a los nuevos tiempos. Y es que —adelanto

ya la pregunta— ¿es caribeña la ciudad de Eduardo Lalo? ¿O mejor, la reconocemos como tal, corresponde a los tópicos que fue generando la literatura? Entre Rodríguez Juliá y Lalo se abre una fisura sin solución de continuidad —esta es mi tesis—... Otra cosa mucho más compleja es qué sea el Caribe y si San Juan es o no parte de él, siempre desde la letra escrita.

Por el momento, dejo a un lado teorizaciones sobre el Caribe y me centro en una isla y un autor. Una isla antillana... y recuerdo que fue un puertorriqueño, Eugenio María de Hostos, quien propuso el ideal de una confederación antillana como puente entre Norte y Sudamérica, medium entre el norte anglo y la vieja latinidad. Ahora bien: ¿es lo mismo antillanía que Caribe? Creo que no:

Uno nos congrega con la experiencia histórica y cultural compartida con las Antillas mayores, el otro —*The Caribbean*— nos somete a una categoría suprahistórica, a un invento de la objetividad sociológica, antropológica o etnológica de origen anglófono, objetividad que siempre funciona en contra del colonizado, como señaló Fanon. (Rodríguez Juliá 6).

“Nuestra marginalidad respecto de las Antillas Mayores nos colocó en el sendero del *american way of life*” —afirma Rodríguez Juliá (12)—. Tal vez fuera así. No obstante, la peculiar evolución sociohistórica de Cuba y Puerto Rico, aparentemente en las antípodas desde mediados del siglo XX, no impidió que haya podido teorizarse sobre la existencia de un Caribe horizontal: “la memoria de los espacios, la cultura culinaria y la música, esa cotidianidad horizontal, aún nos unía al resto del Caribe, hace treinta y pico de años, con una fuerza evidente” —continúa diciendo el escritor (10)—. “Cosa que no sucede hoy” —concluye—: “Puerto Rico se aleja cada vez más de sí mismo” (10). Tal vez haya dejado de ser esa “isla que se repite” —según la genial y primigenia caracterización que Benítez Rojo utilizara para definir al Caribe y que todos conocemos—. Una isla, mejor un *meta-archipiélago* con imágenes creadas por el tejido socioeconómico, pero también por la imaginación fundadora de sus obras literarias y artísticas: “el ritmo como primerísima imagen, como piedra angular, carnal y deseante, de nuestro ser” (...) la plantación de azúcar, (...) y la pasión utópica característica de un lugar de tránsito siempre en busca de su identidad, “el Caribe como la memoria de una añoranza siempre fallida, esa casi fundación de un espacio de convergencia racial y cultural que no acaba de cuajar en sociedades más justas y armónicas”. Son palabras de Rodríguez Juliá al presentar el libro del cubano, un libro fundamental para sus propias obras (61-62).

¿Es posible que cambiaran las tornas en las últimas décadas? Mientras

que José Luis González (Generación del 50) y Ana Lydia Vega (Generación del 70) impulsaban la caribeñización de la isla aterrados ante el toque alienante que sufre el puertorriqueño respecto de su tierra y costumbres a partir del E.L.A.; Rodríguez Juliá (Generación del 70) se debate en un dilema más complejo: “¿Hay que *caribeñizar* a Puerto Rico o hay que *puertorriqueñizar* el Caribe?” —pregunta (12)—. La macdonalización del planeta en este mundo globalizado tal vez haya sido la única alternativa para una generación de jóvenes que no tuvieron contacto con la tierra propia y en absoluto se reconocen en las costumbres señoriales del mundo patriarcal de sus abuelos. Algo a tener en cuenta a la hora de trabajar las crónicas de Lalo, ausentes de esa tan pertinaz búsqueda identitaria, ausentes incluso de ese Caribe horizontal, selladas por el halo de la postmodernidad que equipara ciudades e islas “invisibles” a otras lejanas, casi en las antípodas.

Mi título —“Una mirada a *La isla silente* desde *Los pies de San Juan*”— no es una *boutade* ni una mera glosa de sus propios títulos. Es más bien una declaración de intenciones: me será imposible abordar la riqueza polifacética del autor. Quiero acotar el asunto siguiendo un hilo de Ariadna cuyos nudos son Ciudad/San Juan y Caribe. A su vez, la ciudad se desdobra en órbitas reiteradas (ciudad /exilio; ciudad isleña/ciudad-megalópolis). Obviamente, sigue siendo un reto demasiado amplio... y tomaré como guía las palabras de Yolanda Izquierdo, quien en el prólogo de *La isla silente* —“toca todos los palos”, diríamos en España—: la diversidad y riqueza formal en torno al hilo conductor de la ciudad; el viaje del Caribe a Europa y su regreso, con los subsiguientes exilios incluido el interior... Textos *sui generis*, incómodos e inquietantes para el lector, porque están en su tiempo pero rehuyen las desgastadas viejas fórmulas del 70, populismos incluidos. Palimpsestos intertextuales, historia y ficción, libro de viajes y autobiografía más/menos encubierta, híbridos genéricos...

que constituyen tanto la ciudad en la modernidad como la historia del Caribe, en un constante juego entre la memoria y el olvido, entre las Islas y el Mundo, entre el silencio y la palabra. Lo que separa —y une— a estos Lugares (o no-Lugares) es el espejo del mar: así el isleño, como afirma Lalo: *Irá en dirección contraria. Caminará en contra de la historia creada por otros.* (XIII).

Es muy transgenérico Lalo —eso lo digo yo, no Izquierdo; y lo digo siguiendo a Alfonso de Toro (2006)—. Y, quizá por ello, muy borgiano... en tantos aspectos: por ejemplo, en la incesante reescritura y reordenación de sus libros —por cierto en orden inverso a la fecha de publicación— para constituir un texto nuevo, *La isla silente* cuya estructura queda así: *Ciuda-*

des e islas, *Libro de textos* y *En el Burguer King*... ¿Por qué invertir la cronología? Tengo que preguntárselo, pero mientras llega la respuesta puedo asegurar que el resultado es “otro Puerto Rico”, mucho más globalizado y ¿posmoderno?; viaje a la semilla desde el hoy a un ayer cercano que se aleja vertiginosamente. Es el ayer de *En el Burguer King de la calle San Francisco*, el libro más contextualizado de los tres, *macdonalización* de un lugar —San Juan— con una historia concreta, supeditada al folklore que tiñe el inconsciente colectivo. ¿La paradoja? El mundo se empequeñece por la hamburguesa, por la irrupción de los “fast food”, recintos sin historia, idénticos en cualquier lugar del mundo. Esta crónica en seis puntos muestra todavía puntos de contacto con la escritura de los setenta y, además, enlaza con las preguntas de Rodríguez Juliá, al incidir en la *desca-ribeñización* —si se me permite el término— de la capital sanjuanera. Ya *Libro de textos*, miscelánea cuasiborgiana en la que se funden escritura y vida, reescritura histórica y ficción, autobiografía y libro de viajes... prosa y poesía, había insertado San Juan en el mundo al entreverar historia y crítica literaria según el modelo del argentino. Por fin, *Ciudades e islas*, de nuevo miscelánea, se abre con una novela en primera persona, “In memoriam”, que aborda el exilio en la Ciudad, el exilio interior del isleño, la nueva comunidad que se forja en el café, la decepción frente a la gran Ciudad y los problemas del retorno, pero también la reafirmación de lo propio. La cálida comunidad que se reúne en el pequeño café “en esa mesa de un oscuro interior de café, comenzó a vivir para mí la Ciudad. Allí dejó de ser un paisaje nuevo y anónimo, un mundo libresco, y se convirtió en una morada” —dirá el protagonista (Lalo, *La isla* 29)— me recuerda *La ciudad que me habita*, la novela de Magali García Ramis, tal vez tejida sobre su experiencia de estudiante en Manhattam. Pero en ella se cierra la etapa sin desencanto, queda la nostalgia. Aquí, no:

La Ciudad era también una Isla; un fragmento de planeta donde los humanos vivían a su guisa, ignorantes de las consecuencias de sus actos. Aunque distintas, sus motivaciones eran igualmente bajas. Eran también estúpidos, avaros y egocéntricos. La diferencia crucial era, que en la Ciudad, Privat y otros escribían una historia y ésta se confundía con la del mundo. (59).

Llegada la revelación, el protagonista puede volver sin complejos, sobreponerse a la obsesión de que “el fracaso era para el isleño el regreso con las manos vacías, con las heridas de la soledad en la frente, a la vista de todos” (58). Aunque tenga que vivir... “la peor extranjería, la que se cifra en el propio país” (73). El exilio ya no es un mal, sino camino ineludible hacia la revelación; es imposible huir del destino:

La Ciudad había sido la última y más importante etapa del camino de luz. En ella había pretendido hallar mi identidad y mi lugar y me daba cuenta de que había abordado el asunto equivocadamente [...]. El mundo nunca sería ya lo que comenzaba donde la Isla acababa. Sus ciudades y sus gentes estaban en mí. (73-74).

¿De nuevo Borges —una ciudad esencializada e interiorizada— y ya en 1992? Dejo el asunto abierto y vuelvo al núcleo de mi indagación: ¿qué es el Caribe para nuestro autor? En su poema homónimo (*Libro de textos* 1992) responderá sin vacilar: un país invisible. “Solos con nuestro daño heredado de siglos de daño/quedamos entre nosotros” (Lalo, *La isla* 164). Son dos versos que resumen el mensaje... Un archipiélago-escaparate, siempre dependiente del primer Mundo:

Nueva York París Londres
preferirán otros mulatos
y nosotros que hemos sido una playa un
cañaveral en su historia
nos quedaremos solos
como realmente siempre hemos estado
mirando al mar como un desierto (164).

“Cuando los turistas dejen de visitarnos...” los puertorriqueños no son sino objeto de curiosidad y consumo... mulataje de cañaveral. Es la visión desacralizadora de una burguesía dependiente que siempre quiso olvidar su condición mestiza; la burguesía del “país de los cuatro pisos” —José Luis González dixit— que, empecinada en asimilarse al primer mundo, nunca admitió sino uno, el blanco de su lado europeo.

Y tras ese pasado secular ¿cuál es el futuro previsible? La respuesta pudiera ser “El congreso de las islas”, relato simbólico —inevitable mirada a Borges, “El congreso del mundo”— recogido en *Ciudades e islas* (1995), alucinante representación del archipiélago como una “cadena de suburbios” tejidos por el consumismo y el deseo de progreso —construir, construir., la metáfora no puede ser más actual en estos tiempos de crisis inmobiliaria (al menos en España)—. El relato se abre así: “existían buenas posibilidades de que esta vez se celebrara el Congreso de las Islas” (95). Tal vez por deformación académica —acabo de cerrar el portal Eugenio María de Hostos en el Cervantes virtual—, me parece obligado establecer una relación intertextual con la reiterada propuesta en viajes, cartas y propuestas que nunca consiguieron cuajar, el relato cerrará constatando la pérdida de la utopía: “Un día el Congreso dejó de mencionarse. Ni siquiera se juzgó necesario hacer la historia de su ausencia” (98). Parábola cuyo

trasfondo histórico no deja de ser transparente para el intelectual isleño: tal vez un siglo atrás esa fuera una propuesta pertinente, pero ¿hoy? Hoy resulta “excesiva” y, en consecuencia, solo cabe “difuminarla” y “olvidarla”. La ironía es la clave de un texto paródico respecto de la política puertorriqueña actual:

Motivados por lo que podría responder a un ciclo cósmico o a un impulso milenarista, los políticos de las islas volvían a hablar de un Congreso que visiblemente nunca se realizaría. Reuniones secretas, reuniones oficiales, reuniones de enemigos, actos fallidos hechos a propósito [...]. Brevemente la conservadora razón política de los isleños no pudo reprimir el delirio. Se propusieron alianzas, estados multiinsulares, un relanzamiento orbico de la guaracha [...], un programa espacial, la evaporación del mar y la fundación de un imperio estepario y salino [...]. Dubitativo, en uno de los congresillos que le abrían camino a los pre-congresos, algún ministro habló del exceso [...]. El surgimiento de la palabra produjo un pánico soterrado... (97-98).

El tiempo de los ideales decimonónicos quedó atrás, suenan ya a ridículamente retóricos. Por eso, el asunto solo puede abordarse desde el distanciamiento irónico:

Era excesivo, no cabía dudas, no digamos ya tomarse en serio, sino meramente tomarse de alguna forma con abundancia de verbos transitivos. Después de todo la región le había entregado al mundo conceptos como correr la máquina, relajo, vacilón, choteo... (98).

Ya años atrás en *Libro de textos* (1992) podía leerse un poema, “Pueblo compatriotas patria” que arranca con tres versos rotundos:

Pueblo compatriotas patria
son, palabras que uno debería usar
consciente de la mentira (Lalo, *La isla* 165).

para, acto seguido, proceder a desmontar la falacia de un país único, fraguado al calor de los ideales. La prosaica realidad es muy otra: se “vive en uno de los muchos puerto ricos” (Lalo, *La isla* 165). ¿Y la patria? Una muletilla de amargados políticos... ¿Entonces? El poema se cierra así:

Queda lo inmune
a la memoria de la ilusión
olores mañanas alguna avenida

gente palabras actos
que cuentan (165).

Final bien posmoderno —fragmentarismo, ausencia de puntuación, predominio de sensaciones..— si no fuera por la ambigua bisemia del verbo “cuentan” —¿“computar” o “verborrear”?—, que ondula en el filo del precipicio entre modernidad y posmodernidad. Personalmente, me inclino por la primera opción: “son un plus, computan en sentido positivo” encarnados en esa magia cuyo halo circunda un San Juan problemático por su historia, pero... Ese podría ser el “mensaje” refrendado en varios textos más en prosa y verso, cuyo eje es la capital: “San Juan”, “San Juan by Night”, “San Juan ciudad sin memoria”. Un hablante lírico inmovilizado ante el tiempo y la historia pasea por la ciudad en un mediodía cualquiera. La ciudad vacía, conserva lugares y huellas que, como la magdalena proustiana, desencadenan sus recuerdos; pero ¡cuidado! es un ser anónimo, cuya vida no es sino una huella efímera en una ciudad esencializada:

Camino siendo lo que está hasta donde llega la vista
y el olvido queda tan cerca
palpita con tanta salud
que no hay que esperarlo (163).

¿Intertextos? A corto plazo y sin escapar del marco literario isleño, *En una ciudad llamada San Juan*, el antologado cuento de René Marqués. En común, el reencuentro con la urbe, patria del emigrante o exilado que aviva sus recuerdos. La “focalización con” permite al lector compartir su flujo de conciencia —no auténtico monólogo interior—. En común también, la repentina iluminación: la suya es una ciudad cercada —piensa el protagonista marquesiano—. La suya es una ciudad mágica, más allá de sus límites —se plantea el de Lalo—. Porque el paralelismo con el relato marquesiano se cierra aquí, en el diseño narrativo del cronotopo. El dramatismo, el clímax de tragedia griega propio de un protagonista acogotado por la historia inmediata —la ocupación americana— poco tiene en común con la atmósfera del relato de Lalo. Su personaje, asumiendo la historia y los límites citadinos, es capaz de trascender lo inmediato. En ese sentido, es mucho más borgiano, está muy marcado por un intertexto como *Fervor de Buenos Aires*:

El país abandonado era una parte imborrable de su realidad. El exilio era un destino [...] y ese destino se lo había dado su tierra [...]. Lo supo ahora [...]. Supo que este regreso le concedía la gracia de la iluminación. No se tenía que volver. No se tenía que volver porque había algo, a la vez

esencial e indefinible, de lo que nunca se había partido, nunca se partía, no se podía partir. La magia era esta. Este era el poder de sus calles. (Lalo, *La isla* 104-105).

Inevitablemente recordé los versos de *Fervor...* suscitados por el reencontro de Borges con su ciudad: “Los años que he vivido en Europa son ilusorios,/yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires” (Borges I, 32). El protagonista se funde con su ciudad aunque su realidad actual no sea sino la herencia de una historia infamante... “una tierra de trabajosa identidad, que rehusaba reconocer su soledad, que prefería una imagen pública mansa y, en la intimidad, compensaba sus frustraciones con la violencia” (Lalo, *La isla* 103). Referencia histórica que enlaza con “Ready Made” (135-136), reescritura de las crónicas de Indias desde la distancia crítica y el cuestionamiento de la conquista, si bien en tono sobrio, sin alteraciones violentas.

La esencia citadina, inapresable pero real, sobrevive al huracán (“San Juan by Night”) que despoja al urbanita de los signos civilizadores, cual nuevo Adán sensitivo en contacto con lo primigenio. Un Adán culto, no obstante, un intelectual (“ver”, “oir”, “pensar” son los verbos que abren sendas estrofas) capaz de identificarse —“un hombre son todos los hombres”— con la humanidad desde sus orígenes:

Conozco así la noche de los hombres
la oscuridad que creó la poesía
el cuento junto al fuego
el gesto del hombre mirando las estrellas
el miedo, la inseguridad, la duda
y también la sensación de ser nada más que esto
y aceptarlo (155).

¿San Juan? ¿Puerto Rico? ¿Caribe? Estamos mucho más allá, en el mundo globalizado de *Ciudades invisibles* (2008), para llegar al cual es necesario todavía ahondar en los semas de ese San Juan caribeño, *ma non troppo*; intento que subyace a *Los pies de San Juan* (2002), precioso *album* performance heredero de la vanguardia y de los caligramas de Apollinaire. Se juega con la hoja en blanco y es la palabra la que dibuja, cubre y goza con el espacio. Como ya hiciera Rodríguez Juliá, el escritor retoma la fotografía para abordar lo propio —no las personas sino los espacios—. ¿Modelos? Álvarez Bravo y Jack Delano. El primero se volcó sobre México, el segundo sobre la isla; pero ahora ya no se trata de “la mirada del otro”, es y no es, porque el narrador es puertorriqueño, fue y volvió, asumiendo historia, destino, identidad:

Este desconocimiento de que San Juan es un destino es una de las causas de nuestra infelicidad. Vivimos como si nuestra identidad pudiera ser otra [...]. Vivimos perennemente maquinando la huida de la Isla del Diablo (Lalo, *Los pies*: 065).

En consecuencia, el narrador actante asume su destino desde un cierto estoicismo: no se hace falsas ilusiones, más bien es de un pragmatismo brutal: “nunca desprecies la ciudad que fue/tu vida/ porque ella construye tu muerte” —dirá (073) en el poema que cierra el libro, especie de Padre Nuestro laico—:

Ciudad
atiende nuestras súplicas
 encauza nuestros días
haznos descender a nuestras noches
 sin cal en las uñas

Danos la bendición de nuestros lamentos
la ternura que hallamos en el fondo del dolor
cuando descubrimos que doler es ser eterno
 como la memoria de las cosas
envuélvenos de misericordia
Madre Padre
que aquí estamos y no podemos irnos
solos contigo en este mundo (073).

Ya este *Padre Nuestro* daría para toda una comunicación. Pero ¿dónde quedaron la música, luz, abigarramiento y burundanga a que nos tenía acostumbrados la literatura puertorriqueña? Ahora, la *soledad* lo ocupa todo: la Historia con mayúsculas eliminó la voz del individuo, devolviéndonos una ciudad sin amor, replegada hacia los interiores; una ciudad de sol y cemento que preconiza pobreza; una ciudad sin luz, sin sombra y sin agua. ¿Dónde quedó la “mata de plátano”, la naturaleza, en esta... “medievalización de sistemas de seguridad, rejas, murallas, controles de acceso, policía privada [...] miedos y prejuicios [...] ghettos”? (064). Hay “una sensación de ciudad claustrofóbica que se extiende a toda la ciudad y al país entero” (064) contaminado, además por la violencia, fruto de la “excesiva humanidad”, del hacinamiento.

Solos, enclaustrados... “el país de las palabras que no significan nada” —dice la contraportada del libro, en significativo recuadro marrón—, el problema de Puerto Rico como cualquier país del Tercer Mundo, es su *invisibilidad*: es un país sin palabras propias, con el agravante de que...

“ciudad y palabra son las herramientas de los imperios” (044): Cabe preguntarse por qué los que hemos sido segregados por el silencio, los que hemos tenido pueblones y palabritas, hemos reproducido los usos y costumbres de nuestros ocultadores. (044).

¿Cómo luchar contra ello? ¿Qué hacer con ese destino? Las armas de Lalo son *fotografía y escritura*. La escritura puede ser una buena respuesta porque... “nombrar es incluir, contar es privilegiar”. La escritura confiere visibilidad, *leitmotiv* que desembocará en *Los países invisibles* (2008), premio de ensayo Juan Gil-Albert ciutat de Valencia 2006, y su propuesta más redonda en este sentido. Dos citas muy breves subrayarán la continuidad, la pervivencia del mensaje ya conocido del escritor: “Puerto Rico: he aquí el reino de lo invisible” (73) y “Caminar una ciudad equivale a descubrir su escritura” (65). Toda una declaración de intenciones, una justificación de la escritura, una apuesta por el país, porque la invisibilidad máxima corresponde a las grandes ciudades que, paradójicamente, engendran pobreza cultural y ceguera frente a los otros.

Dietario y libro de viajes —Londres, Venecia, Madrid, Valencia, aeropuerto de Madrid, San Juan y sus problemas—, el libro tiene una estructura tripartita: 1. *El viaje*, (Londres 27 junio 2005/ San Juan 30 Julio). No es un viaje sin más, el epígrafe de Kertész “mi reino es el exilio” sitúa al lector en la cruda realidad, un autoexilio más espiritual que económico, lejos ya de las motivaciones sociopolíticas del E.L.A: “Viajo, por primera vez en muchos años, para comprobar que casi todo queda ya en mi ciudad; que casi todo (que cada vez es menos: menos objetos, palabras, conceptos) queda en cualquier sitio. El viaje comienza a ser imposible” (13).

Los países invisibles, tradicionalmente “intervenidos por el discurso del otro” (31) han sido alcanzados por el consumismo de la globalización; hora es ya de... “negar la mirada; efectuar no una re- sino una *contraconquista*” (61) “desde lo que se es”. La segunda parte (*la carretera núm. 3*) reincide en viejos predicados: “el que dibuja o escribe hace visible” (83). La invisibilidad condicionante de la historia, está en relación directa con la escritura: depende de no ser consumido como relato o teoría. Así llegamos a la tercera parte (*El experimento*), que no es otra cosa que un tratado de y sobre literatura, urdido a partir de una promesa —crisis por medio—: “no comprar libros y leer lo que tengo”. Reto que genera trazos autobiográficos en el texto: el narrador se pasea por *La Tertulia*, entra en *Borders*... ¿Necesidad, ascetismo o autocomplacencia? Da igual: el resultado de esa especie de performance es el libro que el lector tiene entre manos, el libro de un tipo que se imagina a sí mismo... “de pie, con la mochila al hombro, en el estacionamiento de un centro comercial, desierto” (132).

La recta final del texto se bifurca en dos vías complementarias: literatura y política:

¿Habrá literatura para esta deriva en este país invisible? Aquí está consignado el paso del escritor por la ciudad de su agonía y aquí queda la emoción de los libros que ha leído, las nubes que se acercan desde el sur trayendo el olor a tierra, el fresco y la sensación de que sobre esta acera se escriben palabras y que la literatura es este acto único y severo. Y así, en esta acera, compruebo que nada está perdido. Que tras de mí está la obra de los que escribieron en este país. En este lugar sin esperanzas viven los pies de sus manos. (141).

Apuesta esperanzada que resulta difícil de sostener por lo que se refiere a la política: “¿Cuál es el proyecto político de la invisibilidad? [...]? Qué pasa cuando en la era de la información somos pre-verbales y pre-fotográficos?” (155). En las páginas siguientes vuelve su mirada a la situación sociopolítica, al modo de la crónica periodística —del *hodie et nunc*, es decir, tocando los problemas del hombre de a pie y no especulando en el vacío—.

En conclusión y para cerrar contestando la pregunta que lanzaba al comienzo de mi trabajo, “Puerto Rico se parece cada vez más al Caribe del que ese proyecto político del siglo pasado intentó desvincularlo” —concluirá el escritor (159)—. Afirmación discutible que dejó sobre el tapete... Lo cierto es que el otoño del 2010 contribuyó a visibilizarlo en la vieja Europa: el LIBER barcelonés de ese año tuvo como país invitado a Puerto Rico (27/30 de septiembre). Y en diciembre se presentó un volumen monográfico sobre la isla editado por la universidad de Oporto en la revista *Nuestra América*, que me tocó coordinar. Ya unos meses antes había aparecido en Tenerife otro número monográfico liderado por Iris M. Zavala en la revista *La Página*... Que sea un punto de partida...

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *Obras Completas. I*. Barcelona: Emecé, 1989.

De Toro, Alfonso. *Cartografías y estrategias de la postmodernidad y la postcolonialidad en Latinoamérica: Hibridez y globalización*. Madrid: Iberoamericana, 2006.

Lalo, Eduardo. *La isla silente*. San Juan de Puerto Rico: Isla Negra, 2002.

—. *Los pies de San Juan*. San Juan de Puerto Rico: Tal Cual y Fundación Biblioteca Rafael Hernández Colón, 2002.

—. *Los países invisibles*. San Juan de Puerto Rico, Tal Cual, 2008.

Ortega, Julio. “Nueva crónica de las islas”, prólogo a Rodríguez Juliá, Edgardo. *Caribeños*. San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña (2002): VII-XIII.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *Caribeños*, San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2002.